

ASTRALIS

LAS VIDAS DE
DUMAS & RIGEL

ANTONIO J. BAZALO

Título original: Astralis: Las vidas de Dumas & Rigel.
Licenciado bajo Creative Commons. Antonio J. Bazalo 2008.
Nº registro propiedad intelectual: MA-2007-00703
Barcelona. Julio de 2008.

Licencia Creative Commons: Se permite la libre distribución de la obra. Queda prohibida la distribución con fines comerciales. La libre distribución obliga al reconocimiento del autor original y a la no manipulación de la misma.

Visite la web oficial de Astralis en:

www.astralis-saga.com



EN PRESENCIA DEL FARAÓN

-¡Mi señor! -exclamó fuerte el portavoz de actos del faraón-. ¡Ante su presencia, Daan-Dyehuty, hijo de Najt-Dyehuty, herrero de oficio!

Sonó el dahola real, y retumbó por todo el patio de verano del palacio.

Los miembros de la guardia real nos abrieron paso a Rigel y a mí. Entramos al gran patio y caminamos hacia el trono.

-Espero que se les haya lavado debidamente -recordó el faraón, en voz baja, a su portavoz-. Sería una gran ofensa a los dioses.

-No señor -respondió el súbdito, asustado-, vienen directamente de los baños.

Rigel y yo llegamos al límite del camino que llevaba al trono y nos arrodillamos.

-¡Salve, oh Gran Faraón de Egipto! -saludó Rigel.

-¿Quién es el otro? -preguntó el gran Amen-Hotep, en referencia a mí.

-Eh, yo... -el portavoz no supo qué responder.

-Es sólo un siervo, mi señor -contestó Rigel-. No recuerda su nombre, lo compramos en una caravana de esclavos.

-No tiene aspectos de esclavo.

-No, mi faraón -contesté-. Procedo de tierras lejanas.

-¿Y traéis aquello que Kemet os confío? -exigió Amen-Hotep.

En aquel momento, una cuadrilla de siervos hicieron su entrada en el patio. Empujaban el gran carromato. Sobre él, la barcaza construida por nosotros.

-He aquí la nave que pedísteis, mi señor -presentó Rigel.

-Levántate, herrero, y descríbeme tu obra.

Rigel se levantó y realizó una exposición de la barcaza. Dimensiones, materiales, adornos... Todo en cumplimiento de las exigencias del rito de ofrenda al dios Amen.

-Los dioses estarán satisfechos, Daan-Hyehuty -afirmó el faraón-. Kemet te agradece los servicios prestados y te recomensará con oro y un puesto acorde a tu lealtad en los ritos de ofrenda a Amen.

-Gracias, mi señor -dijo Rigel.

-Podéis retiraros -ordenó Amen-Hotep-. Desde este día y hasta que el ritual culmine, ordeno que mi guardia personal traslade y custodie la ofrenda al templo de Amen.

El dahola firmó los deseos expresos del faraón. Me puse en pie y fui escoltado a la salida junto a Rigel.

Regresados al interior, fuimos atendidos por el tesorero de palacio y dos asistentas.

-Espero que vuestros esclavos estén fuertes -bromeó-. El peso de la barcaza no será nada comparado con todo el oro que vais a llevaros de aquí.

-¿Tanto oro es? -pregunté, admito, algo incrédulo.

-Oh, sí. El faraón es extremadamente cauto a la hora de satisfacer a los dioses, y por lo tanto, generoso. Aunque empecéis a cargar el oro en vuestra galera ahora, no zarparéis hasta mañana por la mañana. Ya hemos dispuesto vuestro alojamiento. Si necesitáis otra galera, el palacio os la cedería sin coste.

El tesorero se dio media vuelta y comenzó a recorrer el pasillo, seguido por las asistentas.

-¿Y si nos olvidamos de nuestro plan y nos limitamos a disfrutar de nuestra fortuna? -me sugirió Rigel en voz baja.

-De eso nada -le dije, y seguí al tesorero.

-Piénsalo bien -insistió-, tú eres inmortal, pero yo debo gastar el oro antes de morir. No puedo dejarlo en herencia a mi reencarnación.

-Rigel -recuerdo que le miré fijamente-, no.

Coordinamos a los esclavos de Rigel para llenar el oro en cofres de madera y llevarlos hasta la galera. Se inventarió todo para evitar que ninguna mano larga se quedase con alguna moneda.

Rigel y yo fuimos tratados a cuerpo de rey. Las dos acompañantes del tesorero nos sirvieron comida y bebida en abundancia y amenizaron la jornada con bailes muy sensuales.

-Creo que le gusto a la de la derecha -me dijo Rigel.

-¿Y a qué esperas?

El herrero pidió más vino a la joven a quien quería cortejar. Espero a que marchase de la sala de descanso, se levantó y fue tras ella.

Lo que narraré a continuación es algo que no presencié, pero que Rigel me contó a la noche:

-Dime tu nombre, esclava -le dijo Rigel, tras encontrarla sola en la bodega.

-Neferare, mi señor.

-Neferare -repitió él-. Suena como una melodía de dioses.

-¿Vino de Sebennytus, mi señor? -ofreció en una copa, él acepto. Mojó los sabios y degustó con placer, aunque prefería el henket.

-Tan dulce como tu sonrisa, Neferare. Hoy he hecho un regalo a los dioses, y veo que me han correspondido.

-Ávaros son los dioses si le pagan sólo con mirarme -dijo ella.

-Con mirarte, con tu servidumbre, y con -Rigel calló, excitado, y recorrió el cuerpo de Neferare con sus ojos. El sudor no hacía sino hacer más sensual su piel oscura.

Ella sonrió, y salió a la carrera de la bodega. Se detuvo en la entrada, se giró, lanzó una última sonrisa pícaro y se fue por el pasillo.

Rigel corrió tras ella, con la copa aún en la mano. Creyó ver dónde entró Neferare, y decidió aceptar el juego. Bebió el vino al tiempo que recorría los escasos metros, sin prisa.

Entró en la despensa de dátiles y dulces, algo aturdido por la fuerza de aquel vino.

-Estoy aquí, preciosa.

-Yo también -escuchó de repente, una voz de mujer, pero no la de Neferare. Una espada astral de color violeta surgió a su espalda y rodeó su garganta-. Ansiaba encontrarle, Daan-Dyehuty.

-Oh, dioses, tú no eres Dumas.

-No, yo soy peor -le respondió.

Por suerte para mi estimado amigo, me sentí algo entre tantos cojines y tanta seda. Me levanté, fui tras sus pasos, y le hallé a merced de aquella espada astral de color púrpura.

-Lo dudo querida -dije a su espalda, y puse en jaque a aquella mujer con mi bienamada espada azul-. Deja libre a mi amigo.

Ella se giró, agresiva, pero no retiró su arma, sino que la blandió ante mis narices. Vestía de elegante negro, y su pelo, de igual color, era largo y bien cuidado.

-¿Quién eres? -le pregunté.

-Soy Lyrae Daustralis, he venido a deteneros.

Y vaya si me detuvo. Sólo con verla, se me paró el corazón.